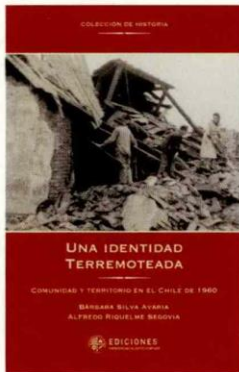


Medio	Revista Mensaje
Fecha	14-06-2018
Mención	UNA IDENTIDAD TERREMOTEADA. Mención a Ediciones U. Alberto Hurtado.



**UNA IDENTIDAD
TERREMOTEADA**
Bárbara Silva y
Alfredo Riquelme
Ediciones Universidad
Alberto Hurtado, Santiago,
2018.

Estamos frente a un libro que, si bien habla de la agitación y la constante amenaza telúrica, cautiva porque justamente invita a la reflexión y a la pausa en cada una de sus páginas. Porque trata no de lo que somos, sino de lo que creemos que somos. El libro funciona entonces como una suerte de espejo histórico donde se reflejan los relatos que hemos inventado para explicarnos como nación, como país, como territorio y como cultura.

La catástrofe del 21 de mayo de 1960 puso nuevamente de manifiesto la tensión existente entre los discursos sobre el desarrollo y la imprevisibilidad de la catástrofe natural, como si esta última se negara a someterse al arbitrio de quienes habitan este territorio. Como en una suerte de eterno retorno, el terremoto es objeto de disputa política, de llamados a la solidaridad, de discursos sobre la reconstrucción y a la supuesta capacidad infinita de los chilenos de sobreponerse a la fatalidad. Es como si en Chile la presencia de la divinidad no fuera una abstracción, sino la presencia castigadora del Antiguo Testamento. En Chile se haría presente regularmente el dios de Abraham y de Moisés.

La configuración simbólica del territorio es otro de los temas tratados en el libro. Aquí se hace hincapié en la relación entre el discurso identitario y la geografía, poniendo especial énfasis en las formas en que se vincula lo chileno con la forma y las características del territorio nacional. Situados en el año 1960, los autores mencionan otras representaciones que aún hoy, a diferencia de la austeridad, siguen teniendo algún eco en el Chile actual. Me refiero a la supuesta fortaleza institucional del país y su apego a las reglas democráticas. Si bien los acontecimientos posteriores a 1973 desmienten claramente esta imagen, ella persiste en el discurso de las élites políticas y económicas, como si la necesidad de diferenciarse de los vecinos fuese la base de la chilenidad. Se es chileno o chilena porque no se es como el resto. La lejanía del país de los centros tradicionalmente «civilizatorios» no sería un problema, pues la insularidad permitiría mantener un contacto «no contaminado» por lo latinoamericano.

Chile también sería un país forjado y construido por sus hazañas bélicas, habiendo configurado su territorio actual gracias a la expansión militar de la segunda mitad del siglo XIX. El carácter marcial de la nación chilena, según esta versión identitaria, nos permitiría superar nuestras divisiones internas, tanto políticas como de clase. La idea de un «Ejército vencedor, jamás vencido», forma parte de este discurso sobre nuestra identidad. Son entonces las Fuerzas Armadas las que dan forma y ocupan el territorio, defienden sus fronteras e incluso exploran y colonizan, como sucedió posteriormente con la Carretera Austral. En tal sentido, esto no se contradice con la idea de la estabilidad institucional, pues esta estaría vinculada a la idea tradicional del orden y de la tutela militar de la democracia, la que incluso quedó plasmada en el texto original de la Constitución de 1980. Ello contrasta con una suerte de identidad del resentimiento y complejo de inferioridad respecto de Argentina, pero, al mismo tiempo, de superioridad respecto de nuestros vecinos del norte: Perú y Bolivia. Como bien dicen los autores, el nacionalismo que surge de este relato adopta ciertas formas de un dogmatismo religioso. En el norte no se cede ni un centímetro de tierra, mientras en el sur se recurre a arbitrajes reales o papales, y se termina firmando un tratado de Paz donde efectivamente hay cesiones y canjes territoriales.

El precio a pagar por vivir en el paraíso de todos los climas, de los lagos y volcanes, de los fiordos, las montañas el desierto y el inmenso océano, es una tierra agitada, a veces brutal, que se sacude como en ninguna otra parte del mundo. Siempre he pensado que para el 90% de la población del planeta si hay algo seguro es sus vidas es el suelo: el «poner los pies en la tierra». En Chile ni siquiera eso es seguro. Somos un país al que se le «puede mover el piso» en cualquier momento. Y, querámoslo o no, aquello nos hace diferentes. Y en esta declaración no hay nada de esencialismo ni determinismo, sino simplemente experiencia vivida.

MANUEL GÁRATE CHATEAU